TIEMPOS MODERNOS, número 46, junio de 2023
ISSN: 1699-7778
Sección: RESEÑAS
Páginas: 414-415

ARANBURUZABALA ORTIZ DE ZÁRATE, Yolanda, *Los caballeros vascos y navarros en el siglo XVIII: honores, ascenso social y repercusiones en el territorio*, Bilbao, Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea, 2019, 380 pp. ISBN: 978-841-3190-68-6

Aitor Díaz Paredes
Universidad Nacional de Educación a Distancia (España)
ORCID: https://orcid.org/0000-0002-1779-122X
adparedes@geo.uned.es

Nos encontramos aquí ante la publicación de una tesis necesaria para el mejor entendimiento de la integración de las élites vasco-navarras en las estructuras de poder y prestigio de la Monarquía española durante el siglo XVIII, y, por añadidura y proyección, un modelo explicativo de ascenso y consolidación de grupos familiares y de paisanaje en la España del Antiguo Régimen. La exhaustiva investigación de Aranburuzabala, sustentada en los fondos del Archivo Histórico Nacional, en particular la sección del Consejo de Órdenes, pero también otros archivos nacionales, locales y familiares, despeja y ordena una cuestión escasamente tratada de la España borbónica como es el acceso a las prestigiantes órdenes militares, a partir, en la obra que nos ocupa, del caso vasco-navarro, analizando los informes conservados sobre los candidatos a un hábito militar. Asimismo, ahonda en el proyecto de investigación dirigido por José María Imízcoz Beunza, director de esta tesis doctoral, sobre la integración e interrelación de las élites vascas y navarras en su consolidación en los espacios de poder e influencia de la Monarquía española en el siglo XVIII.

La hidalguía universal de vizcaínos y guipuzcoanos, y de una parte significativa de la población navarra y alavesa, así como una serie de condicionantes comunes, tales como el sistema de heredero único que empujaba a la emigración, el acceso por la condición hidalga a la Administración y la oficialidad del Ejército, y la orientación a la actividad mercantil y la consiguiente asociación comercial entre miembros de una misma procedencia, explican, a grandes rasgos, la sobrerrepresentación de vascos y navarros en los estratos superiores de la Monarquía española. Un excelente indicador de esto es el número de caballeros de hábito vizcaínos, guipuzcoanos, alaveses y navarros en las órdenes militares de Santiago, Alcántara y Calatrava, y de la Orden de Carlos III, siendo esta la más reciente al constituirse en 1771.

En total, 627 caballeros obtuvieron al menos un hábito nobiliario a lo largo del periodo de estudio. Un honor obtenido, además, desde diferentes perfiles, abarcando tanto a hombres de negocios como a militares o burócratas, y correspondiendo a variados méritos, dentro de un proceso general de confirmación y fidelización de las élites de la Monarquía española a enmarcar en la etapa de cambio dinástico y consolidación del periodo borbónico. Esas clases emergentes, inmersas en las coordenadas culturales de la época, eran conscientes del valor de los símbolos de honor para legitimar su ascenso social, forjándose una relación mutuamente beneficiosa para ambas partes: Felipe V consolidaba su trono y su bolsillo, y se forjaban auténticas dinastías familiares vinculadas a los papeles y los negocios de Su Majestad Católica, señalados y legitimados a la obtención de un hábito de caballero como servidores de la Corona. Detrás de ello había, a todas luces, un capital relacional y simbólico con diferentes estratos, desde la proximidad al favor real y político en el entorno cortesano, al patronazgo y la hegemonía en el

medio local, mediante la promoción de familiares o el mecenazgo de obras pías en sus localidades de origen. Con estos mimbres, Aranburuzabala plantea un estudio de historia social referencial de ahora en adelante para todo aquel investigador interesado en las dinámicas culturales y de poder en la España del siglo XVIII.

El primer capítulo sirve para demarcar las citadas claves, elaborando la autora un solvente contexto del periodo a estudiar, y probando su maestría en la materia al trazar una precisa comparativa entre la concesión de hábitos por orden, por reinado, y por procedencia y mérito de los poseedores de tamaña merced. La tesis inicial queda probada: son Navarra, las provincias vascas, Cantabria y Madrid las regiones con un mayor porcentaje sobre la población total de caballeros de las órdenes militares. Si atendemos a la particularidad de que un número significativo de los caballeros nacidos en Madrid eran de origen norteño, claramente la influencia cortesana tejida por hombres de dicha procedencia es más que notoria. En el segundo capítulo la autora desgrana las distintas dignidades atesoradas por esta nobleza de servicio fomentada desde los compases iniciales del reinado de Felipe V. Ello permite analizar perfiles de comendadores, en su mayoría hombres vinculados a la carrera militar, tan interesantes como Francisco de Borja Idiáquez Palafox o José Martín Arteaga Idiáquez, pertenecientes a distintas ramas de la familia guipuzcoana de los Idiáquez: tanto Francisco, coronel de caballería y teniente general del Ejército (y presidente del Consejo de Órdenes hasta su muerte en 1817, amén de caballero de la Orden de Carlos III y de Alcántara y IV duque de Granada de Ega, entre otras distinciones) como José Martín, coronel de las Guardias de Corps y caballero de Santiago desde 1789 (más adelante obtendría también la Gran Cruz de Carlos III), ejemplificaban prácticas y modelos de ascenso social y profesional, y en el caso de la familia Idiáquez, culminaban más de un siglo de promoción al servicio de los monarcas borbónicos. De igual valía como indicador es la concesión de títulos nobiliarios a vascos y navarros: 64 durante el siglo XVIII (en su mayoría sujetos procedentes del Ejército, la Administración y los negocios, como se detalla por parte de la autora).

Los siguientes capítulos, los cuales conforman el grueso de este trabajo, plantean un pormenorizado estudio de lo anteriormente expuesto: la importancia de la familia y las relaciones de patronazgo y paisanaje –aspecto que se ve con especial intensidad en valles como los de Baztán, Carranza o Ayala, con una notable presencia en relación a su población-; la extracción de un estrato nobiliario medio y bajo frente al perfil aristocrático tradicional de las órdenes militares; la concentración de navarros y vascos en la Orden de Santiago y, desde su creación, en la Orden de Carlos III –punto este que indica su sólida posición en los círculos de poder cortesanos-; los altibajos y hornadas a lo largo del siglo XVIII atendiendo a los picos y descensos en la concesión de hábitos en estrecha relación con el contexto político -a todas luces, es con la llegada de dos monarcas en mayor o menor medida extranjeros, como Felipe V y Carlos III, cuando se otorgan más hábitos o incluso se crea una nueva orden si cabe más elitista y diferenciadora como lo es la de Carlos III-; o, por último, los positivos efectos colaterales en los lugares de origen de estos caballeros que habían triunfado en la política, las armas o los negocios. Todo ello, sustentado sobre los estudios y perfiles de distintos caballeros que ejemplifican con su trayectoria, logros y estrategias familiares y matrimoniales dichas cuestiones, cuyas ramificaciones excedieron con mucho los límites de su región natal o del ecosistema cortesano madrileño, proyectándose al conjunto de la Monarquía española a ambos lados del Atlántico. En definitiva, como remarca la autora en las conclusiones, la obtención de un hábito no era “un acontecimiento puntual”, sino un logro a insertar en amplios procesos de ascenso personal y familiar valiéndose de las oportunidades que ofrecían el medio cortesano y el amplio marco de la Monarquía española.

Sin duda, un excelente y minucioso trabajo de investigación, que enriquece el sólido proyecto liderado por José María Imízcoz y que sirve de modelo para investigaciones de similar enfoque dedicadas a otras regiones o grupos de la España tanto habsbúrgica como borbónica, e incluso en vistas a plantear estudios comparados con otros casos similares de la Europa moderna.